propalando sus errores, engañar á los otros sin pretenderlo: y puede tambien de intento propagar imposturas ocultando la verdad que sabe. Luego la fe humana es no solamente limitada en sus objetos, sino confusa, falible, precaria: luego ni el raciocinio ni la fe puramente humana pueden trasmitir al hombre y establecer en su alma la verdad pura, completa, universal.

La palabra de Dios es por lo mismo la única que puede comunicar la verdad con estos caracteres, porque Dios es incapaz de engañarse ni engañarnos: luego la fe divina en primer lugar dilata los horizontes de la existencia y de la verdad á los ojos de la razon, le comunica la verdad absoluta, la conserva en posesion de ella sin temor de que se disminuya, oscurezca, confunda ó acabe; porque le da la seguridad esencial, la única que puede haber, la única infalible, la que se funda en la palabra de Dios. La filosofía derrama todas las evidencias extrínsecas sobre esta palabra; y el hombre, quiera ó no, la reconoce como divina; porque tiene argumentos infalibles y evidentes de que Dios puede hablar, habló y reveló tal ó cual cosa. Una vez reconocida la palabra divina en el fondo de la razon, la fe se presenta con sus velos á la razon misma y con aquella actitud propia de su origen y de su excelencia, le dice al hombre: Adora y

#### ARTICULO SEGUNDO.

#### DE LA ESPERANZA.

Las altas revelaciones de la fe tienen no solamente un carácter de evidencia extrínseca y de seguridad intrínseca que hace descansar la razon y que fija sus ideas, sino tambien un carácter positivo, una tendencia real á la accion y al bien: no son verdades especulativas, sino esencialmente prácticas, porque Dios nada hace sin razon ni sin conveniencia; y por consiguiente no nos ha revelado tales ó cuales dogmas sino como otros tantos medios para que lleguemos á nuestro último fin. No podemos por lo mismo poseer el conocimiento de csos dogmas sin persuadirnos evidentemente que hemos nacido para Dios, por voluntad de Dios mismo, y en consecuencia, que poseemos los medios para llegar á nuestro fin y conquistarémos la suprema felicidad, si ponemos en práctica estos medios. Esta persuasion engendra en el

alma un sentimiento determinado por la fe, el cual nos hace aguardar, segun la promesa infalible de Dies, la omnímoda, plena é inamisible posesion de la verdadera felicidad: he aquí determinada ya, bajo su carácter dogmático, la esperanza cristiana. Ella pues so deriva de la fe, y produce un poder de movernos á la ejecucion de las condiciones que Dios ha puesto á nuestra felicidad. Sin embargo, es necesario determinar con exactitud estas ideas, fijando los caracteres de la esperanza é indicando sus relaciones con el poder humano.

#### CAPITULO L

# NOCION CATOLICA DE LA ESPERANZA.

Defínese la esperanza: "una virtud teologal é infusa, por la que esperamos de Dios con confianza el auxilio de la gracia en esta vida, y la eterna felicidad en la otra.

Puede haber fe sin esperanza; pero no puede haber esperanza sin fe: ¿cómo esperariamos lo que no creemos? Tambien San Pablo dice, que la fe es el fundamento de la esperanza. Los teólogos llaman esperanza informe á la que no está acompañada de la caridad, y puede hallarse en los pecadores; y esperanza formada, la que en los justos está perfeccionada por la caridad.

El efecto de la esperanza cristiana no es darnos una certidimbre absoluta de nuestra santificación, de miestra perseverancia en el bien y de nuestra glorificación en el cielo, como quieren los calvinistas, segun la decisión de su sínodo de Dordrecht; sino el inspirarnos una firme confianza en la boudad de Dios, en los méritos de Jesucristo y en los auxilios de la gracia. Esta confianza en nada perjudica á la humildad que Dios nos prescribe, ni al temor de nuestra propia debilidad.

Estas sencillas ideas nos manifiestan con toda claridad, que la esperanza divina tiene caracteres mui singulares que la distinguen y separan notablemente de la esperanza humana. Por haber confundido estas dos cosas, han pretendido algunos filósofos, que la esperanza teologal excluye el temor; siendo así, que una exclusion semejante se halla en abierta pugna con los documentos de las sagradas letras y aum con el carácter mismo de nuestra fe. Por esta creemos en un Dios infalible en sus promesas lo mismo que en sus

amenazas; y esta doble circunstancia nos determina sin es fuerzo alguno á esperar las primeras y temer las segundas. La doctrina teológica, colocada siempre en el mas alto nunto de perfeccion, evita igualmente los extremos y las consecuencias de una confianza falsa. Hai un temor servil que reprueba la religion, y una esperanza presuntuosa que condena el Evangelio. ¡Y cuáles son estos extremos igualmente vituperables é igualmente reprobados? el temor del que no espera, y la esperanza del que no teme. El Profeta Rei encomia con harta frecuencia en sus cánticos augustos el temor y la esperanza de aquellos hombres félices que no abandonan el camino de la virtud. En ninguna parte se le ve excluir ninguna de estas dos virtudes, como lo han observado los Padres de la Iglesia, sus mejores intérpretes. En la filosofía todo es limitado; en la religion todo es inmenso. Si los filósofos, pues, nunca pueden hablar de la esperanza y el temor, sin contraponerlos en el órden de los sentimientos; la religion nunca los muestra, sino como dos hijos de una misma familia, como dos sentimientos divinos que caminan siempre juntos, que obran siempre juntos, y que juntos van á perderse y confundirse en la unidad eterna de su objeto, en el centro comun de nuestra fe. Este temor v esta esperanza se ligan y estrechan siempre de tal modo, se necesitan de tal suerte reciprocamente, se auxilian y socorren con tal eficacia, que el uno no puede encontrarse sin la otra. El que teme à Dios sin esperar en él, en vez de ofrecerle un tributo digno, le desconoce, le aparta de sí, le infiere una grave ofensa, y por consigniente, no puede consagrar este pensamiento en el número de las afecciones que la gracia inspira, la religion aprueba y Dios admite. El que espera sin temer, ni confiesa á Dios, ni se reconoce á sí mismo: su esperanza es una produccion de su orgullo; v por una consecuencia precisa, en vez de pertenecer á las virtudes, queda inscrita y consignada en el catálogo de los crímenes.

La esperanza, como las otras virtudes, tiene un motivo que la determina, un fundamento que la apoya, unos medios que la realizan, fecundan y sostienen. Sus motivos son, como los de la fe, la existencia é infalibilidad de las promesas divinas; su fundamento consiste en los méritos de Jesucristo, cuvo sacrificio cruento paga la inmensa deuda del pecado; sus medios son nuestras buenas obras; y como estas son imposibles en su bondad teológica, sin la correspondencia eficaz del corazon á los dones de la gracia, pueden reducirse en último análisis á la gracia correspondida eficaz-

mente de la naturaleza.

Considerada la esperanza bajo el primer punto de vista, es objeto de las doctrinas que va dejamos expuestas en una de las obras precedentes, sobre la necesidad, posibilidad y existencia de la revelacion. 1 Considerada bajo el segundo punto de vista, presupone tratada la materia de Encarnacion y Redencion en sus relaciones con la caida del hombre y su felicidad suprema; punto que dejamos tratado en la misma obra 2 y que expondrémos en esta cuando hablemos de Jesucristo. La práctica de los medios que realizan, fecundan y sostienen la esperanza cristiana, no es mas que el ejercicio de la caridad, cuyas nociones católicas darémos á su turno en el artículo signiente.

## CAPITULO II.

DE LAS RELACIONES ENTRE LA ESPERANZA Y EL PODER MORAL.

Todas las relaciones de la fe vienen por último á reconcentrarse en Dios bajo el carácter de una perfeccion infinita y de un bien puro, sumo é inmortal: este bien es para nosotros; el poseerle por la eternidad es el carácter de nuestra vocacion, la lei de nuestro destino, y por lo mismo el objeto final de nuestra esperanza. Ahora bien, probemos formarnos una idea del poder. En el hombre hai que distinguir la parte física y la parte moral. Aquella está representada por la fuerza; esta por el poder. La fuerza es un instrumento ciego que sirve a la voluntad; mas el poder es un medio activo por su naturaleza que sirve al pensamiento. El poder está pues en el espíritu, porque de él nace ese movimiento activo, generoso, irresistible, que triunfa de todos los obstáculos y se sobrepone á todos los temores hasta realizar un designio. El poder se mide y computa con relacion á sus efectos. Si estos son limitados y de ménos importancia, en la misma razon estará el poder, y viceversa. Luego la mayor suma de poder que pueda reunir el hombre, estará representada en la realizacion completa de las condiciones necesarias y suficientes para elevarse á Dios, conseguir el último fin y conquistar la felicidad eterna. Es así que solo la esperanza es capaz de disponer al hombre para llenar estas condiciones: luego la

2 La misma obra y libro: seccion primera, cap. III.

Том. И.—17.

<sup>1</sup> Estudios fundamentales sobre el hombre; lib. sexto, seccion segunda.

idea de la esperanza trae consigo la del poder mas grande de que es capaz el hombre.

La esperanza, juicio infalible de que poseemos los medios necesarios para llegar al último fin, y de que puestos le lograrémos efectivamente, es una virtud que por sí sola basta para comunicar al hombre todo el vigor necesario para com-

batir y triunfar en el combate.

Este poder moral está representado en el concurso de la naturaleza con la gracia gobernando la conducta, extirpando los vicios, enfrenando las pasiones, formando las virtudes y previniendo la bienaventuranza. La naturaleza tiene por el juicio la evidencia de sentimiento, de hecho y de razon; porque el hombre siente, experimenta y reconoce constantemente su libertad. La gracia es un objeto dogmático, descansa en la palabra de Dios y cuenta con la evidencia extrínseca que brilla en los motivos de credibilidad. He aquí reunidos en la razon ó en el juicio, la naturaleza y la gracia, y con ellas los medios infalibles de lograr la felicidad eterna.

Resulta de lo dicho, que la esperanza cristiana entraña todo el poder moral, se funda en la fe y se desarrolla prácti-

camente en la gracia.

Luego así como á la fe corresponden los dogmas, á la esperanza corresponde la gracia, que es al mismo tiempo un dogma y un ser divino con que Dios nos comunica la voluntad y el poder de llenar las condiciones puestas á la bien-

Indicadas pues las relaciones que médian entre la esperanza y el poder moral, resta manifestar los efectos de este poder cuando obra consecuente en la caridad.

### ARTICULO TERCERO.

#### LA CARIDAD Y EL BIEN.

En la caridad vienen á tener su plenitud y consumacion las dos virtudes de que ya hemos hablado: porque la fe y la esperanza no viven, no tienen perfeccion, no tocan á su objeto cuando falta la caridad. La fe, mostrándonos en Dios todos los misterios de su perfeccion infinita y la plenitud de verdad y de bien que satisfacen á todas las aspiraciones de nuestra alma, engendra en ella todos los grandes y nobles sentimientos que inspiran, en su esencia infinita, la verdad con sus luces, la bondad con sus beneficios. Mas estos gran-

des objetos de nuestra fe, en medio de su inmensidad y perfeccion, léjos de ser extraños á nosotros, se ligan y estrechan de tal suerte con todo nuestro ser, que vemos en ellos, y solo en ellos, en toda su plenitud nuestro fin y nuestra felicidad. La fe nos manda creer cuanto Dios ha revelado, y en esta revelacion divina descubrimos dogmas que nos ilustran, y promesas infalibles que nos llaman á los ciclos. Desde el momento mismo en que hacemos la profesion de nuestra fe, sentimos nacer en nosotros esa otra virtud que nos hace dulces todos los sacrificios, y que ha cambiado en luces y flores las tinieblas y el polvo del sepulcro. El que cree, tiene lo necesario para esperar, y el que espera, ve convertido el sepulcro en un pórtico silencioso que le facilita el tránsito para otro mundo mas bello. La fe, que nos muestra á Dios como la verdad infalible y el bien por esencia, la esperanza, que nos anuncia de su parte que el hombre ha sido hecho para disfrutar sin medida, sin término y sin inquietud esta verdad y este bien, fecundan, digámoslo así, nuestra voluntad, para que conciba y forme un sentimiento divino que la impela incesantemente hácia Dios, como al dueño exclusivo y al dignísimo objeto de todo nuestro ser. Este sentimiento es el amor puro, el amor espiritual, el amor divino. Nada tiene este amor de comparable con el que nace de las afectuosas simpatías de la carne y de la sangre: es una llama pura y activa que consume todo lo terreno, que acrisola todos los sentimientos, que triunfa de todos los obstáculos, y que, sobreponiéndose heróica y generosamente á todos los bienes precarios que el tiempo mide y la muerte destruye, produce en el hombre una verdadera regeneracion, divinizando en cierto modo sus facultades v su naturaleza.

Ocupado exclusivamente de esta idea, el hombre vuelve sus miradas á la tierra, ve que es uno de los muchos que componen esta gran familia criada para el cielo, reconoce á todos sus semejantes por hermanos, é ilustrado por los oráculos divinos, se siente impelido por la religion y la naturaleza al amor de los otros; porque sabe mui bien que sin este requisito no puede tener á Dios un amor verdadero.

Para tratar de la caridad bajo el doble aspecto que nos proponemos, desenvolverémos en primer lugar sus ideas constitutivas; manifestarémos en segundo la conexion íntima y esencial que tiene con el bien, é indicarémos, por último, las condiciones que debe tener para ser verdadera y producir sus efectos.

#### CAPITULO I.

#### NOCION CATOLICA DE LA CARIDAD.

Defínese la caridad: "una virtud teologal, por la que amamos á Dios sobre todas las cosas y al prójimo como á nosotros mismos. Es virtud, porque se sostiene á fuerza de vencimientos, constituye un hábito intrínsecamente bueno y se practica con mérito: es teologal, porque tiene á Dios por causa, por medio y por fin; porque solo él puede infundirla, solo su gracia puede sostenerla, y solo su union con la criatura puede consumarla. Por ella amamos á Dios, y le amamos sobre todo. Lo primero la distingue de las otras virtudes; lo segundo la distingue de las otras especies de caridad. Se ha dicho así mismo que amamos por ella al prójimo como á nosotros mismos, para que se entienda, que ni el amor de nosotros mismos, ni el que tenemos á los otros reconoce otro principio ni otra causa eficiente que el amor de Dios. ¡Admirable sabiduría! Todo se encuentra aquí en su número exacto, en sus relaciones esenciales y en su unidad perfecta. Nuestros semejantes no pueden aspirar á mas, que nosotros mismos; nosotros mismos no podemos rehusarles los títulos que tenemos á la felicidad; pero ellos y nosotros, seres contingentes, limitados, imperfectos, sujetos á las leves de la creacion, subalternos en la escala de los seres, debemos inclinarnos, en cuanto somos y podemos, bajo la superioridad y perfeccion infinita de aquel á quien exclusivamente tocan y pertenecen el ser, la gloria, la majestad, la independencia, como dice Bossuet. 1 Amarnos á nosotros mismos en el órden de la gracia; amar como á nosotros al resto de los hombres; amar á Dios sobre nosotros mismos, sobre todos los hombres, sobre todo lo criado, sobre todo lo posible: he aquí la lei universal, la caridad en su esencia, la legislacion en su fuente, la felicidad en su principio, en su medio y en su fin.

Esta virtud, como todas las otras, tiene ciertos grados que la constituyen mas ó ménos perfecta en el hombre; y esta diferencia de perfeccion se deriva de la mayor ó menor pureza de los motivos, de la fuerza progresiva de los sentimientos, del heroismo mas ó ménos constante de los sacrificios. Pero sin embargo de estas diferencias, nunca pueden faltar en ella las cualidades intrínsecas que vienen á formar su na-

turaleza y verdadero carácter. Cuando los motivos que la determinan son meramente naturales; cuando los sentimientos muestran una intensidad inferior ó igual á la que tienen el amor de nosotros mismos, de nuestros semejantes ó de cualquiera objeto criado; cuando nuestros sacrificios no son ningunos, 6 no tienen por objeto el cumplimiento de la lei divina; entónces, ó para mejor decir, en cualquiera de estos casos seria un absurdo pretender que existe la caridad, pues por mui baja que se encuentre en la escala progresiva de su perfeccion, siempre debe determinarse por motivos sobrenaturales, sobreponerse á todas las cosas criadas, triunfar de nuestros vicios é inmolar nuestras pasiones en las aras de la lei divina. ¡Cuáles son estos motivos? Las perfecciones infinitas de Dios relacionadas íntimamente con nuestra naturaleza y nuestro último destino. ¡Cuáles y cuántos son los sacrificios que debe hacer la caridad? Cuantos son los obstáculos que nuestra naturaleza opone al cumplimiento de los preceptos positivos, y cuantas son las acciones que se nos prohibe practicar por los preceptos negativos de la lei eterna. ¡Hasta dónde se extiende la intensidad del amor en la escala de su perfeccion relativa? He aquí una cuestion que merece algunas advertencias oportunas.

Ademas de los actos que forman el objeto de la lei en sus preceptos positivos y negativos, hai otros muchos que no pertenecen al número de lo que se manda ó de lo que se prohibe, y que pudiendo practicarse ú omitirse sin pecado, abren al hombre un teatro nuevo de accion, en que puede acrisolar todos sus sentimientos y exaltar indefinidamente su caridad. La medida de lo que debe hacerse ú omitirse para poscer la caridad en el grado que requiere la salvacion del hombre, está puesta en el cumplimiento de la lei, como lo ha definido del modo mas claro y terminante el mismo Jesucristo. Si quieres, dice, entrar à la vida eterna, guarda los mandamientos. 1 La escala de perfeccion, de incremento y de grandeza que puede recorrer esta virtud, comienza desde aqui, y sigue por todos esos actos que son de puro consejo

y que tienen una progresion indefinida.

En segundo lugar, el cumplimiento de la lei ordinariamente hace gemir las pasiones, desconcierta nuestra naturaleza carnal, desespera al amor propio, trae consigo siempre algun sacrificio, y con esto está dicho que cansa algunas penas. Pues bien, para llenar el objeto de la lei, busta que el pensamiento, la palabra y la accion se adunen para ofrecerle el

<sup>1</sup> Oracion funebre de Henriqueta María de Francia.

<sup>1</sup> Math. Cap. XIX, V 17.

sacrificio de todos los objetos que á este cumplimiento se oponen; pero el dejar de padecer, el convertir nuestros dolores en un bálsamo, el amar estas penas mismas, no contentos con padecerlas; he aquí lo que no está comprendido en la lei, y lo que Dios ha reservado al heroismo de los sentimientos divinos, al progreso de la caridad, á la solicitud ingeniosa de ciertas almas que buscan ocasiones y oportunidades diversas para probarle con hechos, que le aman por quien es, que le aman sobre todas las cosas, que le aman sobre sí mismas, y que desean sacrificarle, no solo las víctimas culpables, sino tambien las inocentes, esto es, no solo los afectos reprobados, sino hasta los alivios permitidos, las comodidades lícitas y los placeres inocentes.

## CAPITULO II.

#### RELACIONES ENTRE LA CARIDAD Y EL BIEN.

¡Hasta qué punto puede elevarse la caridad en el hombre ? ¡hasta dónde puede llegar, en obsequio suyo, la negacion de nosotros mismos? ¡Por ventura hasta el extremo de aniquilar en el corazon el desco que tiene de ser feliz! ¡de suprimir la esperanza? ¡de no relacionar íntimamente nuestras acciones, nuestros afectos y nuestros descos con nuestra felicidad, haciéndolo concurrir todo en Dios, como en un centro comun? Oigamos á Bergier.

"Hai dos excesos que evitar en esta materia. Muchos aman á Dios, pensando solo en sí mismos, en cuyo amor Dios tiene solo el segundo lugar en su afecto. Este amor mercenario se parece al de los falsos amigos, que nos abandonan tan pronto como dejamos de serles útiles. Una alma que ama á Dios de este modo, es en algun sentido Dios de sí misma, y por lo tanto, este amor no es caridad."

"Otros aman á Dios renunciando todo motivo de interes: su amor es tan puro, que excluye cualquiera otro bien, ménos el placer de amar: no esperan, no desean nada mas. Ellos están tambien prontos á sacrificar hasta la dulzura que perciben de este sentimiento, si las pruebas que se emplean para purificarlos exigen este sacrificio. Este amor nos parece una ilusion de algunos falsos especulativos, que, colocado lo sublime de la caridad en el desprendimiento de toda esperanza, se hacen independientes."

"Es un principio innegable que nosotros ansiamos natu-

ralmente por ser felices; es la verdad, segun San Agustin, mejor oida y mas constante; es el grito de la humanidad: esta inclinacion no puede desagradar á Dios, que nos la ha inspirado. Segun la observacion del sabio obispo de Meaux, San Agustin no habla de un ciego instinto; porque no se puede desear lo que no se conoce, ni se puede ignorar lo que se sabe que se quiere. El ilustre arzobispo de Cambrai. escribiendo sobre este lugar de San Agustin, cree que este Padre habló de la bienaventuranza natural. "; Qué impor-" ta, le replicaba Bossuet, siempre queda sentado como cier-" to, que el hombre no puede desinteresarse hasta el punto " de perder en un solo acto la voluntad de ser dichoso; por-" que toda cosa se apetece por esta voluntad: por consi-" guiente, el hombre tendrá el mismo ardor por la felicidad " sobrenatural, que por la natural, luego que aquella le sea " conocida."

"En efecto, ¿cómo podrá desprenderse del solo bien que quiere por necesidad? Renunciar á él es absolutamente imposible. Aunque no se ponga atencion, no es ménos real el fin que se propone. El artista que trabaja, no tiene siempre el objeto presente, aunque á él se dirija todo su trabajo. Por otra parte, nuestro corazon no gusta de abstracciones; y en este caso se obra por un movimiento del corazon, y no por un acto del entendimiento. Santo Tomás, que se distingue por su gran juicio, dice, que si Díos no fuese todo el bien del hombre, tampoco seria para él el único motivo de amar. En sentir de este santo Doctor, el amor presente y la felicidad futura están siempre unidas."

"Pero se dirá tal vez: aun cuando ignorásemos que Dios quiere y puede hacernos felices, ¡no podriamos elevarnos á su amor por la sola contemplacion de sus perfecciones infinitas! Bossuet responde que es imposible amar á Dios, sin considerarle como un ser sumamente perfecto; y una parte de su perfeccion es el ser bueno, liberal, benéfico y misericordioso con sus criaturas. Elíjanse, si se quiere, por objeto de contemplacion, entre las perfecciones divinas, las que no tienen relacion alguna con nosotros: la eternidad de Dios, su inmensidad, su presciencia, su omnipotencia, &c.: de aquí resultará la admiracion, el asombro y el respeto; mas no el amor: el entendimiento se confundirá; pero el corazon se mantendrá tranquilo."

"De donde se inflere, que entre los atributos de Dios, los únicos que excitan en nosotros sentimientos de amor, son los que producen los vínculos de union entre él y nosotros: que estos sentimientos están íntimamente unidos á la idea

de la felicidad, de modo que no se les puede separar de ella sino por precisiones quiméricas, falsas en lo especulativo y peligrosas en la práctica. Mas es preciso considerar que el sentimiento de amor de Dios puede excitar en nosotros buenos deseos, llevarnos á excelentes acciones é influir en nuestra conducta, sin que tengamos por eso de él una percepcion."

Basta lo dicho para dar á muestros lectores una idea de esta cuestion que agitan los teólogos sobre el amor de amistad v el amor de concupiscencia. Si á este propósito hubiéramos de añadir algo, diriamos, en primer lugar, que lo mas seguro es discurrir sobre los documentos que nos suministra la Sagrada Escritura, considerando á Dios como la bondad suma, v á nosotros como unas criaturas hechas para él: en segundo lugar, que nuestra naturaleza, depurada y ennoblecida por la religion, no suprime en la idea completa del amor ninguna de sus ideas constitutivas; que no podemos amar sin aproximarnos de continuo, con toda la intensidad de los sentimientos y de las facultades de nuestro ser, al objeto amado, y que por lo mismo, amar á Dios es consagrarle todos nuestros homenajes, como á un Ser infinitamente perfecto, y aspirar á unimos con él por el convencimiento de que fuera de él no puede hallarse la felicidad: en tercer lugar, que este deseo de poscerle, esta esperanza de gozarle, no pueden considerarse como interes ó egoismo, sino como una aspiracion purisima que nunca separa en el objeto amado la dignidad de sus perfecciones infinitas, de las relaciones de este ser con la naturaleza humana: en cuarto lugar, que no es necesario pensar en la actualidad en ambas cosas, para considerarlas como fundamento de nuestro amor, ni segregar nuestros deseos de poseerle, para explicar ese abandono absoluto de las almas humildes, que arrebatadas por un sentimiento generoso y divino, llegan á decir que ellas no viven, sino que Dios vive en ellas. Cuando el hombre reflexiona en su miseria y en su nada, y ve por otra parte que es obieto de una predileccion singularisima para el Ser infinito, entra en un órden de sentimientos tan sublimes, que parece no atiende ya sino á este Ser mismo, ni le considera bajo otro aspecto, que su bondad y su amor, ni le ama por otro motivo, que esta misma bondad intrínseca; pero léjos de ser este un argumento contra nuestra propension á gozarle, es un principio de este goce mismo, si podemos explicarnos así, es una beatitud anticipada, cuanto lo permiten las leves de la vida

1 Diccionario teológico. Art. caridad.

v del tiempo. El amor no abstrae, no raciocina: es mas sentimental, á proporcion que es mas perfecto; y bajo este respecto, á medida que progresa, se acerca al objeto de sus deseos; á medida que va tocando este objeto va olvidando hasta estos mismos deseos, y puede decirse sin peligro, que el hombre nunca piensa ménos en sí mismo y en su propia felicidad, que cuando ya la disfruta; y si nos es permitido avanzar una conjetura, dirémos, que los bienaventurados, absortos en la vista de Dios, esto es, en lo inmenso, en lo infinito, nunca piensan en sí mismos; porque volver de vez en cuando á sí mismos, seria interrumpir en cierto modo la plenitud de su gozo, plenitud que no puede hallarse en la consideracion de lo limitado é imperfecto. De estas observaciones resulta, que el amor de Dios comprende juntamente los dos términos de sus relaciones, esto es, su amabilidad infinita por quien es, y los motivos que nacen del glorioso fin para que quiso criarnos, sin que hava otra diferencia entre los deseos de la caridad perfecta y la ménos perfecta, que el que la primera, si así podemos decirlo, desea poseer á Dios para ser feliz, y la segunda desea ser feliz para poseer á Dios.

#### CAPITULO III.

CARACTER MORAL DE LA GARIDAD.—CONDICIONES
PARA POSEERLA DE MANERA DE CONSEGUIR LA BIENAVENTURAYZA.

Considerando la caridad en sus relaciones preceptivas y morales, tenemos otro punto de partida para discurrir, sin que sea necesario allanar estas diferencias que se advierten en las controversias teológicas, para establecer con seguridad nuestros principios y deducir nuestras consecuencias.

Hemos tocado la cuestion, considerándola como un antecedente útil, porque suele suscitarse con demasiada frecuencia; pero limitándonos en el particular á las indicaciones hechas, debemos adverir que la caridad, en cuanto es un precepto divino, consiste precisa y exclusivamente en el cumplimiento de la lei. El que guarda mis mandamientos, dice Jesucristo, ese es el que me ama: él será amado de mi Padre; yo mismo tambien le amaré, y me daré á conocer á él. 1

<sup>1</sup> Joann. cap. XIV, X. 21.

"No tratemos de saber mas, dice Bergier: veinte disertaciones sobre el amor de Dios no nos harán adelantar mas en el mismo amor, y acaso nos pondrán en peligro de no practicar el amor del próimo mui exactamente. <sup>1</sup>

Consistiendo pues la caridad en el cumplimiento de la lei; siendo objetos de ella Dios, nosotros mismos y los demas hombres; y proponiéndonos hablar en sus lugares respectivos de nuestras obligaciones individuales y sociales, debemos contraernos aquí á lo que la lei prescribe relativamente á nuestros deberes para con Dios. Estos deberes están clasificados en la fe, la esperanza y la caridad. La fe somete nuestros deseos á las promesas de la fe, y la caridad pone á Dios sobre todos los objetos amables para nosotros.

Desnaturalizar nuestra creencia con subrogaciones ó mezclas extrañas entre sus dogmas; mantenerse en el indiferentismo en materia de religion; descuidarse de adquirir sobre este punto los conocimientos que exige nuestro estado y nuestro destino; suspender ó hacer vacilar nuestro asenso á cualquiera de los dogmas, y por consiguiente, negarlos ó combatirlos; desconocer la mision de aquella autoridad docente á cuyo cargo quedó la enseñanza y la conservacion de la fe; he aquí una serie de actos humanos, que directamente se oponen á esta virtud, y que por lo mismo, son objeto de otras tantas prohibiciones para la lei divina.

La esperanza nos prescribe la obligacion de colocar solo en Dios mestro fin y nuestra felicidad, de adherimos fuertemente á sus promesas, y de reconocer que sus medios eficaces, ó sea su fundamento, consisten en la bondad de Dios y los méritos de Jesucristo, así como las condiciones de parte nuestra, en la fidelidad al cumplimiento de la lei. Colocar pues en otra parte que en Dios nuestra felicidad, desconocer la infalibilidad de sus promesas, aislar su cumplimiento de los méritos de Jesucristo, atenerse á ellos exclusivamente, para no practicar las obras meritorias que se prescriben, son cuatro objetos capitales que caen bajo la prohibicion de la lei eterna en el órden de la esperanza.

La caridad exige que demos á Dios la primera parte en todos nuestros pensamientos, nuestras palabras y nuestras acciones, y le sacrifiquemos cuanto sea incompatible con la rectitud infinita de su voluntad. Tomar pues en vano su nombre santo, esto es, invocar su veracidad infalible, para consagrar nuestras asersiones, cuando estas son positivamen-

te falsas ó no son ciertamente verdaderas, cuando no se trata de un acto importantísimo y solemne que haga necesaria la invocacion de Divinidad, ó bien cuando nos proponemos dar valor y firmeza á nuestros odios, resentimientos ó designios de venganza: vivir con aislamiento de la Divinidad, como si no tuviésemos esa íntima dependencia que nace de sus beneficios, de sus promesas y de sus amenazas; en una palabra, olvidarle en nuestra conducta, infringiendo sus preceptos y sobreponiendo á su voluntad nuestras pasiones: he aquí lo que nos prohibe la caridad, y he aquí al mismo tiempo suficientemente indicado el plan que debe seguir nuestra conducta, para obrar en consonancia con las inspiraciones de esta virtud sublime. Es pues indispensable, no solo proscribir como falso cuanto á su verdad se oponga, no solo apartar el corazon de cuanto contraríe sus promesas; sino tambien manifestarle nuestra fe, nuestra esperanza y nuestro amor de todas maneras y en todas las condiciones de la vida; esto es, en el secreto de nuestros pensamientos, en el órden de nuestros discursos hablados, en el sistema de nuestra conducta, en el silencio de nuestra habitacion y en las concurrencias públicas de nuestros templos. Dios está en todas partes, y el hombre, por tanto, donde quiera puede reconocerle; pero hai un lugar de cita en que mas particularmente ha querido manifestarse, así para recibir de una manera pública y solemne los homenajes de nuestro culto, como para que tratemos con él, sin distraernos para nada con los objetos varios que llenan el curso de la vida. En los templos, propiamente hablando, es donde nuestro culto recibe su plenitud, donde nuestra alma recorre con la Iglesia los misterios augustos, las tradiciones venerables y los recuerdos mas consoladores y mas dulces: donde el cristiano va á depurar su fe con las instrucciones de sus pastores, á recibir la gracia que alimenta la esperanza, á participar de los Sacramentos, que vuelven á colocarnos en la posesion de la caridad. En los templos es propiamente donde el pueblo se halla solo con su Dios: porque nada ve allí que no sea divino, nada escucha que no sea celestial, nada palpa que no renueve y purifique al mismo tiempo su fe, su esperanza y su caridad. El culto público es, por lo mismo, la oblacion completa de todos los homenajes divinos que exigen del hombre sus relaciones con el Ser infinito. He aquí los objetos de ese precepto que nos manda santificar las fiestas, y por tanto, reunirnos á la voz de la Iglesia, para ofrecer a Dios nuestro culto, conforme á las instrucciones que nos proporciona, á las reglas que nos prescribe y á los preceptos que

<sup>1</sup> Diccionario teológico. Art. citado.

nos impone. La caridad, por lo mismo, es la práctica de los medios que fecundan, sostienen y realizan nuestra esperanza: la esperanza es la subordinación de muestros deseos y de nuestra confianza á las grandes promesas de la fe: la fe es la sumision de nuestro entendimiento á todas las verdades reveladas. Puede someterse á la fe no solo el entendimiento, sino tambien la voluntad; y como en este caso creemos lo que se nos dice, y obramos en consonancia de lo que creemos, la fe comprende al mismo tiempo la esperanza y la caridad; y entónces la fe, como al principio dijimos, es una fe viva, formada y perfecta, y basta por si sola para salvarnos. Mas como no es necesario que todo lo comprenda, para que ella exista, puede encontrarse sola sin la caridad, y entónces es una fe informe, muerta é incapaz de justificarnos. La esperanza puede estar acompañada de la práctica de los medios que la realizan, ó separada de ellos; pero nunca puede existir sin la fe de las promesas: en el primer caso, es una esperanza viva, formada y perfecta, que comprendiendo la fe y la caridad, nos justifica; en el segundo, es una esperanza muerta é incapaz de salvarnos. No sucede lo mismo con la caridad: porque no pudiendo ella ser compatible con la infraccion de un solo precepto; contándose entre estos el de creer y esperar; y siendo por otra parte claro, que no puede amarse lo que no se conoce; resulta que la caridad siempre es viva, siempre justificante: siempre comprende la fe y la esperanza: es el resúmen de todo nuestro culto, y encierra en su totalidad todos los deberes que tenemos para con Dios.

#### CAPITULO IV.

CONSECUENCIAS DE TODO ESTE TRATADO PRELIMINAR, EN SUS RELACIONES CON LAS DOS OBRAS PRECEDEN-TES.—DIVISION DE LA OBRA.

Esta obra presupome ya conocidas filosóficamente ciertas verdades fundamentales acerca de Dios y del hombre. A ellas pues debemos referir, y con ellas debemos concatenar la materia que al presente nos ocupa. De esta suerte nuestra exposicion de la doctrina católica tendrá tambien un carácter filosófico, y nuestras doctrinas filosóficas acerca de Dios y el hombre recibirán un carácter dogmático. Vea-

mos pues este órden de ideas, para introducirnos á los pormenores y distribuir la materia.

El hombre piensa y habla. El pensamiento y su enunciacion es pues la doble divisa con que se manifiesta en el mundo como la creatura soberana, como el ser mas excelente entre cuantos ocupan la superficie de la tierra. El pensamiento y su enunciacion constituyen pues el doble poder del hombre, esto es, un poder de inteligencia con que se conoce á sí mismo, conoce á sus semejantes, á los seres inferiores, y aun á Dios mismo cuanto puede ser conocido por la luz natural; y un poder de palabra que hace circular su pensamiento y conquista el pensamiento de los otros; que entabla un comercio de ideas, de verdades v sentimientos entre toda la especie humana, dilatando así la esfera de las investigaciones, la carrera de los descubrimientos, la marcha de la civilizacion. Este doble poder es un medio indispensable para conocer y expresar la verdad, es pues el elemento de la vida moral, y en consecuencia una condicion indispensable del ser inteligente y libre. Mas el pensamiento y su enunciacion figuran como un hecho y pueden elevarse á la condicion de una ciencia. Bajo el primer aspecto, son unos tesoros mal conocidos y mui limitada é imperfectamente explorados. Luego la lei de la perfectibilidad, del progreso intelectual y moral, ha debido crear, y creó de facto, una necesidad científica, conviene á saber, la de conocer, explotar v fecundar esta riqueza de la inteligencia v de la palabra humana. Para esto es indispensable considerar el pensamiento y su enunciacion bajo el triple aspecto de los hechos, las relaciones y las leves; esto es, en su cansa, en su carácter, en su desarrollo y en sus medios de perfeccion y aplicacion. Con este objeto abrimos nuestro curso general de estudios con una obra que lleva por título: Del pensamiento y su enunciacion considerados en sí mismos, en sus relaciones y en sus leyes, cuyos resultados científicos fueron el criterio de los hechos en cualquiera materia, el de las relaciones, el de las deducciones, el de los sentimientos y el de las letras. Criterio quiere decir tanto como conjunto de reglas infalibles para descubrir y exponer la verdad en cualquiera

Dos órdenes hai de verdades; la natural, y la sobrenatural: la primera es objeto de la razon y fe humana; la segunda lo es de la revelacion y lei divina. La primera, puesta en ejercicio conforme á las reglas de un buen criterio, produce dos resultados, conviene á saber, el conocimiento de las verdades naturales, y la aptitud para recibir y aprovechar

las verdades sobrenaturales. Segun esto, debimos continuar nuestros trabajos, aplicando en este doble sentido los criterios histórico, filosófico, moral y literario. Tal fué el motivo que nos determinó á publicar un segundo curso, bajo el título de Estudios fundamentales sobre el hombre, considerado bajo el triple aspecto de la religion, de la moral y de las leges. La religion está fundada en los dogmas, la moral en el poder de la voluntad, auxiliada con la gracia, contra el vicio y para la virtud; las leyes en las condiciones inmutables que debe tener nuestra conducta para llegar á nuestro fin.

Cada una de estas cosas afecta el órden natural y el sobrenatural. La religion, por ejemplo, supone conocidos á Dios y al hombre segun la naturaleza, y eleva, perfecciona y da toda su plenitud á este conocimiento, segun la fe. La moral supone conocidas ciertas máximas de equidad y justicia, de culto y adoracion que figuran como las consecuencias inmediatas de la existencia de Dios y el hombre; pero consagra, define y completa todo el sistema que supone la perfeccion humana bajo el gobierno de la gracia correspondida de la naturaleza.

Las leyes reconocen á una primera lei, expresion fundamental de la voluntad divina sobre el uso de la libertad humana para la consecucion del último fin. Esta lei figura como un conocimiento natural, mediante el uso recto de la razon; pero ha sido elevada por Dios hasta el rango de una lei positiva, escrita, reglamentada y sancionada por el mismo Dios. He aquí cómo los tres objetos indicados complican en sí el órden natural y el sobrenatural, y por consiguiente, en su respectivo grado y hasta cierto punto vienen á ser objeto

de la razon y de la fe.

Pues que Dios ha querido que por el buen uso de nuestra razon nos hagamos dignos de fecundarla, perfeccionarla y enriquecerla con la revelacion, el buen método demandaba que procediésemos á estudiar las verdades fundamentales, segun pueden ser ellas comprendidas por la razon. Estas verdades figuran en la siguiente escala: conocimiento de la naturaleza humana, como un hecho: conocimiento de su causa, como una relacion esencial: conocimiento de su fin, como una consecuencia de la causa y el efecto: conocimiento de su término, adquirido á la triple luz de la naturaleza, de la causa y del fin: conocimiento de las condiciones para llenar este fin, supuesta la libertad: conocimiento histórico y filosófico de la marcha moral del género humano, de las necesidades consiguientes á sus vicisitudes, de las probabilidades y medios de atenderlas, y por último, de su rehabilita-

cion, supuesto el pecado de orígen; es decir, espiritualidad del alma, existencia de Dios, último fin del hombre, inmortalidad del alma, primera lei de la humanidad, influjo del pecado original en los destinos del hombre, necesidad, posibilidad y existencia de la revelacion. He aquí los puntos que tratamos en nuestros Estudios fundamentales sobre el hombre. Este curso nos dió por resultados dos órdenes históricos, esto es, un conocimiento claro y distinto del órden natural y del sobrenatural. El primero se compone de todas aquellas cosas que se hallan colocadas á nivel de nuestra inteligencia, y pueden ser descubiertas, estudiadas y comprendidas por sola la razon: el segundo, de todas aquellas que residiendo en Dios y colocadas en una esfera superior á nuestro pensamiento, solo pueden llegar á nuestra noticia por la revelacion, y ser conocidas por la fe. El órden natural, así como el otro, encierran el pensamiento y la accion. El pensamiento natural se extiende á la verdad filosófica y á la tradicion humana; la accion natural se limita á la libertad, cuanto en sí misma puede contra las pasiones desarregladas, y en favor de la virtud. El órden sobrenatural abraza en lo especulativo la verdad absoluta, universal é infalible; en lo práctico el poder moral, absoluto, universal y eficaz, representado en la gracia. El hombre, relacionado con Dios esencialmente, necesita de estos dos órdenes; del natural, porque no debe tenerle ocioso, pues que Dios se lo ha dado; del sobrenatural, porque sin él todo es trunco en la idea, todo limitado é impotente en la accion.

Pero esta verdad ha sido combatida en todos tiempos, y mui principalmente en nuestro siglo. Preténdese que la razon es independiente, soberana, absoluta y competente en la region especulativa, y la voluntad tiene todo el poder necesario por sí misma para veneer las pasiones, extirpar los vicios y formar las virtudes. Errores tan crasos lo han desnaturalizado todo, extraviado y pervertido todo, bajo el tri-

ple aspecto de la religion, la moral y las leves.

Trátase pues de reincorporar la ciencia de estos tres grandes objetos en los caminos de la verdad, de la justicia y de la felicidad, con el fin de conseguir por este medio la restauracion religiosa, moral y política de la especie humana en la misma proporcion en que ha trabajado para su ruina la filosofía racionalista y la política atea. Trabajándose pues con este designio, era necesario no pasar inmediatamente á los estudios dogmáticos, sino detenerse ántes en la grave cuestion suscitada por el racionalismo; porque, supuesta su marcha contra los principios revelados, debiamos prevenir

la nuestra en favor de ellos con una demostracion especial que pudiera servir como punto de partida enlazando los dogmas con las verdades filosóficas. No con otro objeto escribimos á continuacion de los Estudios fundamentales sobre el hombre un opúsculo bajo este título: Exámen filosófico sobre las relaciones del órden natural y el sobrenatural, ya entre sí, ya con la perfeccion intelectual, moral y social de la especie humana. Los argumentos empleados aquí para demostrar el enlace dogmático, moral y legal que entre sí tienen ambos órdenes, convencen, si no nos equivocamos, de la siguiente verdad: toda doctrina expuesta segun la razon y segun la fe, tendrá mayor fuerza demostrativa, que cuando se limite á uno solo de estos órdenes, atendida la marcha de la controversia religiosa en el presente siglo.

Ahora bien, llegado en nuestros estudios el turno á los degmas del cristianismo, no hemos querido exponerlos solo filosóficamente; porque esto, dígase lo que se quiera, es imposible, y solo serviria para hacer un obsequio indirecto, aun sin pretenderlo, á la escuela racionalista: no hemos querido exponerlos bajo una forma rigurosamente dogmática, porque aunque la fe no necesita de otra luz que la suva propia para el eterno brillo de sus grandes objetos, á los ojos del verdadero crevente; ha menester sí, para el triunfo de sus principios en los debates filosóficos, de aparecer bajo la doble forma de la ciencia y de la fe en todo lo que cabe. He aquí por qué nuestra exposicion tiene en primer lugar un carácter filosófico; en segundo un carácter dogmático; en tercero un carácter moral; en cuarto un carácter legal, sin que en cada uno de estos deje de aparecer el dogma revelado por Dios, reconocido por la filosofía, gobernando la conducta del individuo, y afirmando las instituciones sociales.

Puestos estos preliminares, se ve que toda la ciencia religiosa, moral y social tiene á Dios por punto de partida y objeto final. Siendo Dios el fin del hombre, la ciencia del hombre será el arte de conocer, obsequiar y gozar á Dios, ó si se quiere el conocimiento claro, distinto y completo de los medios que, puestos en práctica, necesariamente deben conducir á nuestro último fin. La generacion intelectual y moral de estos medios nos dará por consiguiente la filiacion completa de la ciencia teológica. Para atinar con esta escala metódica y científica, no habemos menester por cierto de comprometernos en mui profundas y laboriosas indagaciones: ántes bien experimentamos un indefinible placer en sacar del catecismo del pueblo todo el plan eminentemente filosófico de esta obra. Segun el Padre Ripalda, el fin del

hombre encierra metódicamente los medios, porque el hombre ha sido creado para amar y servir á Dios en esta vida, y despues verle y gozarle en la otra. El fin absoluto es la vista y el goce de Dios en la otra vida: el fin relativo, ó sea el medio esencial, es amarle y servirle en esta.

¿Con qué obras se sirve à Dios principalmente? Con obras de fe, esperanza y caridad. Luego estas tres virtudes encierran todo el sistema de los medios para conseguir nuestro fin. ¡Porqué! porque los medios son verdad absoluta. poder completo, bien positivo, sumo y eterno en el obsequio de nuestras facultades. Es así que la fe nos da la verdad absoluta, la esperanza todo el poder moral, y la caridad el bien y la regla: luego la fe, la esperanza y la caridad son especulativamente todo el objeto de la ciencia; moralmente, todos los elementos de la conducta; legalmente, todas las condiciones de la felicidad. Esto es lo que hemos demostrado en esta segunda disertacion, que puede considerarse como la basa de los principios. Mas como tanto la esperanza como la caridad necesitan de la fe, porque nadie puede esperar sin creer, ni amar como es debido sin esperar, los dogmas católicos son el fundamento de toda la doctrina. Por esto el Santo Concilio de Trento dijo "que la fe es el principio, el fundamento y la raiz de nuestra justificacion," por esto el mismo Jesucristo Señor nuestro vinculó en la fe la posesion de la vida eterna cuando dijo: "El que creyere se salvará:" 1 por esto el apóstol San Pablo dice, que el justo vive de la fe, y por esto la fe viva supone siempre la esperanza y la caridad, al paso que cuando esta virtud le falta, se dice que está muerta. Nada por lo mismo es tan importante como tener un conocimiento pleno de los dogmas católicos, y esto es lo que nos ha decidido á preferir su exposicion entre los cuatro grandes objetos de la doctrina, ya que por ahora no nos es posible hacer de toda esta una completa exposicion. Habiamos ofrecido manifestar aquí el plan de la obra siguiente; pero nos hemos extendido ya demasiado, y por otra parte, nos parece mas conveniente y natural presentarle con absoluta separacion al comenzarla: reservándole, pues, para la introduccion; que inmediatamente sigue, terminamos aquí nuestra segunda disertacion preliminar.

1 Marc. cap. XVI, vers. 16.

EXPOSICION

DE LA

# DOCTRINA CATÓLICA

SOBRE LOS

DOGMAS DE LA RELIGION.

INTRODUCCION GENERAL

Y DIVISION DE LA OBRA.